

ODIO AL CUERPO

Odiaba a los espejos con toda su alma. Cada vez que la lisa superficie de aquéllos refleja su rostro, sentía un incontenible impulso de golpearlos y romperlos en mil pedazos, para evitar verse reproducido. Entonces -- caía en profunda depresión y deseaba morir, acabar, desprenderse para siempre de la cara rídícula, fea, repulsiva con que la naturaleza le había regalado, para su desgracia y sufrimiento.

¿ Que extraño azar, qué maléfica influencia, -se preguntaba-, habían hecho que naciera contrahecho y distinto a los demás ? ¿ Por qué había sido escogido, precisamente él, para distinguirlo de forma tan cruel ? ¿ Qué dedo había hurgado el programa de sus genes, dislocándolo , para que surgiera un ser anómalo, que hería la vista de sus semejantes ¡tan desemejantes!-, y predisponía a la aversión espontánea ? Y si no fuera bastante con la cruz de aquel semblante poco atractivo, su cuerpo era pequeño, endeble y enfermizo.

Tal contextura física, desde pequeño, le ocasionó mil sinsabores y multitud de llantos. Y si hubiera estado compensada con una inteligencia superior, quizá habría encontrado algún modo de hacerse respetar y estimar por la gente. Pero no; su mente vulgar , más bién limitada, nunca le sirvió de alivio; tan solo había desarrollado una fina y especial sensibilidad para percibir los efectos que su presencia causaba en los demás.

De niño padeció la refinada crueldad, inmisericorde, de los compañeros de colegio; de joven, la burla y el desvío de todos, especialmente de las muchachas que, de manera abierta y despectiva, se apartaban de él o le rehuían. ¡Si hasta la propia familia, mal disimulaba una inexplicable vergüenza y antipatía!

Le obligaron, pues, a ser retraído, temeroso. Y a que se produjera, en su interior, una amargura creciente y un sordo rencor que, si al principio se disparó contra eso inconcreto y difuso que entendemos por destino, luego se extendió al mundo entero. Un odio infinito brotó de su alma dolorida en todas direcciones: hacia el diáfano cielo azul, con rutilantes estrellas; hacia la tierra, cubierta de flores bellas y perfumadas; hacia las personas que, con su normalidad, gozaban de la existencia sin otros problemas que los propios del mero convivir.

Este odio escondido escapaba por sus ojos turbios y esquivos. Su mirada estremecía cuando se proyectaba sobre alguien, y hasta el más torpe adivinaba la tormenta desencadenada en el interior de aquel hombre. Ello hacía que, aún cuando su endeble presencia no causara temor, ni denunciara peligro, se produjese una reacción de incomodidad, de repulsión, de repugnancia y recelo. Esto le sumía más y más en densa soledad, nunca rota por el afecto.

No frecuentaba lugares de esparcimiento, ni participaba en ningún grupo de amigos. En el trabajo se comportaba con corrección, no suscitaba problemas, soportaba algunas indirectas sin protestar y, apenas terminaba, volvía al escondite de su casa, recluyéndose en la habitación donde pasaba las horas en lecturas.

Ocurrió que el piso contiguo fué ocupado por una familia. Y entre los varios hijos del matrimonio, existía una jovencita que, desde el principio, le fascinó. Era morena, de ojos claros, cuerpo delgado y ágil, y de ella emanaba un indefinible encanto, una dulzura tan exquisita, que suspendía el ánimo de cuantos la veían. Para colmo, su voz resultaba tan musical y agradable, que se escuchaba más por la melodía que por el contenido de las palabras. A lo que cabía añadirle una delicadeza incomparable, un sentido común impropio de su edad y un corazón limpio. Así se lo parecía a él, por lo me-

nos.

En el primer contacto, obligado por las reglas de buena vecindad, ella mostró naturalidad, lo trató con afecto, y ni por un momento hizo el menor gesto de repulsión o desagrado. Fue la única vez que él se encontró normal, un hombre corriente, capaz de interesar a cualquier mujer.

Aunque después no se trevió a intimar en el trato con la muchacha, sí que la espiaba, y estaba pendiente de sus movimientos, y se recreaba, escondido, observándola por la ventana del patio. Julia -que así se llamaba-, acabó sorbiéndole el seso. Soñaba con ella, pensaba en ella, y la veía, y la escuchaba, y la sentía en todo lugar y en todo momento. En muchas ocasiones intentó abordarla en la escalera, llamarla con alguna excusa, pero entonces se acordaba de su aspecto, se miraba en el espejo y toda su decisión se venía abajo. Lloraba de rabia e impotencia, maldecía su suerte y, desesperado, se arrojaba sobre el lecho y permanecía inmóvil durante largas horas. ¿Cómo podía interesar a nadie? ¿Cómo podía pretender atraer a una belleza -tan extraordinaria como Julia? Los más espantosos celos le mordían cada vez que la veía salir con otros jóvenes, y reír con escandalosa alegría.

En otros momentos, tratándo de engañarse, pensaba que Julia era un ángel al que sólo le importaba el interior de los seres, no su conformación física. Ella sólo contemplaba su alma, el gran amor que había despertado en él y no ninguna otra circunstancia externa. Esta idea lo animaba, más cuando se disponía a arreglarse para hacerse el encontradizo, el maldito espejo, con sádica crueldad, le advertía del error. Y nuevamente se despeñaba por el abismo de la depresión y de la tristeza.

La tensión en que había vivido y el desconsolado amor que sentía, sin solución posible, hicieron que su mente se fuera obsesionando hasta el extremo de llegar casi a la locura. Acabó pensando que Julia tenía que ser suya, pese a todos los obstáculos adversos, pese a la gente y a ella misma.

Si el mundo y la vida eran crueles y malvados con él, parecía lógico que él fuera malvado y cruel también, en justa reciprocidad. Si le apetecía Julia, ¿por qué no iba a gozarla? . Esta idea se fué apoderando de su cerebro y - terminó por desalojar a todas las demás. Trazó mil planes para conseguir su propósito, pero siempre acababa desechándolos. La casualidad quiso, sin embargo, que la oportunidad se le presentara cuando menos lo esperaba. Se enteró de que los padres de Julia se habían marchado de viaje unos días, con los otros chicos. Ella, por causa del trabajo, había quedado sola.

Desde su cuarto observó todos los movimientos de la muchacha. Llegó la noche. Por la luz que se escapaba , adivinó que se hallaba en el salón, posiblemente viendo algún programa televisivo. Serían las once o poco más. Dijo que salía a comprar tabaco y, después de aguardar un rato en la escalera, llamó a la puerta de Julia. Las piernas le temblaban. Julia abrió y, sin mostrar sorpresa, dijo:

- ¡Hombre! Te agradezco que hayas venido; estaba aburrída sola.

Julia habló, habló sin parar, con su voz dulce, durante largo rato. Ni preguntó siquiera el motivo de la inusitada visita. Él, con la mano en el bolsillo apretando una afilada navaja, la escuchaba perplejo y sin saber qué decir. Pasado un tiempo, en que se creyó fracasado, la idea obsesiva de poseerla se fué afiánzando, hasta hacerle sacar el arma y apoyarla , amenazador, en el cuello de Julia. Ésta abrió sus ojos, espantada y llena de pánico y, durante interminables segundos, no acertó a musitar palabra. Por fín, casi gimió:

- ¿ Estás loco . ?...

- Sí, por tí - respondió él.

El rostro de la joven cambió instantáneamente en una sonrisa, y acabó soltando una risita pícara.

- ¡Ah! Bueno, haberlo dicho. No hace falta esto -. Y apartó la na-

vaja de su cuello, con decisión. Se levantó y ante los atónitos ojos del fracasado agresor, se desprendió de la ligera bata que la cubría, dejando al descubierto un cuerpo escultural.

El permaneció como petrificado, sin saber qué hacer, conmocionado. Ella le cogió las manos é hizo que acariaciasen los turgentes senos. Luego se recostó en el sofá y tirándole del brazo, comenzó a desabrocharle la camisa, al tiempo que le conminaba:

- ¡Vamos ! ¡Date prisa!... Quiero ver la película.

Pero, entonces, en imprevista reacción, él se desprendió de ella con violencia, y salió precipitado como si le persiguiera el diablo.

Se encerró en su cuarto. Ante el espejo contempló su cara demudada y pálida. Aún sentía, en el tacto de las manos, la cálida suavidad de los pechos de Julia.

- ¡Ramera ! ¡ Viciosa! ¿Cómo puede agradarte un hombre así ? - murmuró apagadamente, mientras su índice señalaba la figura que el cristal reflejaba.

Y con una decepción tan grande como su odio a aquel cuerpo deforme y repelente, se hundió varias veces la hoja de la navaja en el pecho, con una rabia enloquecida... Las fuerzas se le agotaron y la visión se hizo turbia, neblinosa...